

Premio Nacional de Literatura 1988, murió solitario después de caer sobre una estufa en su departamento de calle Mac Iver en Santiago. Muchos lo consideraron uno de los más grandes poetas chilenos a la altura de Neruda y Huidobro. No obstante era un desconocido para la masa de los lectores. Trazamos aquí una semblanza de su vida y su obra.



Por Carlos Ruiz Tagle

Es pequeño, pálido, escueto. Una señora que lo conocí en un cocktail, dijo:

«Tan chagüiteo y tan meloso». Se sentía con toda conciencia, se pensaba haciéndose, como un niño con purdura. Y solía amarse y quedarse castigado, en el rincón.

Anguita nació en Litre en 1914 y estudió después en Santiago, en el liceo de los padres Agostini. Más adelante ingresó a derecho en la Universidad Católica de Chile y cursó hasta tercer año.

Fue discípulo de Vicente Huidobro y su antología del maestro, obra importante y valiosa, es de 1945.

En Huidobro veía la pureza y una formidable inteligencia. Su «Menor de Clero en memoria de Vicente Huidobro», escrito en 1948, el año de la muerte del poeta, resulta estremecedor, una obra maestra.

EL GRUPO DAVID

En 1950, Eduardo publica sus relatos «Inseguridad del hombre», en 1951, «Cinco poemas», en 1960, «Palabras al sol de México».

Cuando Enrique Bustier conoció a Anguita, en Zig Zag, su revista sonora, su caricatura, le demostró la fuerza y la personalidad del poeta. «De esos estrechos pulmones surgía la risa de un levantador de pesas», agrega que en su círculo reducidos, como el de Voltaire, había una de las inteligencias más lúcidas que había conocido.

El poeta, según Bustier, se dedicó un tiempo a la publicidad. Primero en Zig Zag, en los tiempos de Souvrión, en la publicidad Triunfo, donde trabajó con José Pratista, el mundo de la «Desideria».

En 1951 Eduardo publicó un libro, llamado «Anguita»: se trataba de una obra de propio ejemplar. Y el editor era David. ¿El grupo David? Inquirió a muchos la existencia de ese grupo hasta que se supo que se hallaba formado por Anguita, nada más.

Bustier dice cosas que impresionan sobre el poeta: «Temperamento hipersensible, supersensitivo, versátil y contradictorio, Eduardo Anguita es el ser más interesante que yo he conocido».

Anguita se casó con la hermana de un buen escritor, Juan Tejeda, y tuvo tres hijos.

El Presidente Carlos Díaz del campo nombró a Eduardo Anguita Agnaldo Cultural en México. Y Anguita se llevó a Brasil a Annas a trabajar con él.

EDUARDO ANGUITA EL GRAN POETA DESCONOCIDO

Bustier me contó que Anguita hizo una labor «razonatoria». Una vez por semana, en el día más importante del país, publicaba un artículo sobre arte, literatura o costumbres chilenas, daba conferencias y recitales. En México se relacionó con lo mejor de la intelectualidad de ese país.

De vuelta a Chile, Eduardo Anguita se dedicó a la publicidad. Una muestra de su gusto, en tal sentido, fue una difusora de: «Parker 61. Se lleva sola, como la luna...».

La publicidad es remunerativa, lo cual lo llevó a tener un automóvil. Se dice que fue el primer poeta chileno con automóvil. No ha habido muchos más.

SURREALISTA A PESAR SUYO

Tanto a Anguita como a Annas se les ha considerado como poetas surrealistas. Cada uno a su manera, ellos mismos se verbalizan.

Cuando yo le preguntaba a Bustier, decía:

«¿Yo, surrealista? Jamás. Que me registren. Anguita es el surrealista, hasta verlo. Tiene muchos sueños. Solar es fundamental para los surrealistas. Hay que soñar duro y parejo. Ser onírico».

Y Eduardo afirma, en cambio:

«Yo no soy surrealista, Bustier sí».

En 1967, José Miguel Bustier me telefonó a la Editorial del Pacífico para hablarme de un libro, Venus en el pudridero. Decía que era un poema, largo excepcional, y no tenía editor. Eterna época y eternos literarios de la Editorial del Pacífico y le pedí que me mandara el texto.

Como a tantos otros, la palabra pudridero me chocó, pensé que todavía sigue inspirando a algunos. Y esto porque yo había conocido el pudridero de El Esorial.

«Ahí se dicen cosas, literalmente, los cadáveres de los reyes antes de colocar sus fúnebres en tumba definitiva».

Recibí el poema de Anguita, lo leí varias veces.

Me descubrí mi cara y tan ingrata me da de la entonación y la trágica. Venus en el pudridero era un poema insólito, cada palabra potenciada al máximo, vale decir, una palmeada economía de lenguaje.

El sentido devastador de una frase acababa el derrumbe de truenos y destemplaciones: «Yo

pienso en el grano». Era un mundo donde la aritmética, nada de inocente, por los demás, danzaba vorágine. Todo esto me hizo decidirme y publicar Venus en el pudridero.

Lo malo era que Anguita me telefonaba, con todas las tardes, nervioso, para hablarme de la publicación.

Cuando el libro salió, le envié ejemplares a Anguita, otro a Ignacio Valente y a otros críticos. El resto de la edición se vendió poco.

Mucho se ha hablado de este formidable poema. No se le agregó algo diciendo que en los críticos se expresa en una forma novedosa, de hondísima ternura. Por ejemplo cuando dice así:

«Yo entro, jorrea más, calor más, en él, como un fante en otro fante. Astros corren por silabas, animales más suaves que».

Al final pareciera que el verso está incompleto, «animales más suaves que». Es como el trazo de la música sobre la palabra. Porque nada más es necesario en esa línea.

ARITMETICA QUE DANZA

Alguna vez Eduardo Anguita definió su poesía como la aritmética que danza. Recuerdo haber escrito un artículo cuando ese titular.



El fenómeno de los números danzantes ya se advertía en el último de los Sonetos del extranjero (México).

Pero en Venus en el pudridero los números alcanzan, y esto parece increíble, cierto movimiento expansionista, un acento en aumento.

«Agujeros con furores, odiosos con vehemencia: 5 es a 8,5 es a 8... rápido, rápido, hagamos música y locura».

(Te danzo, sección aérea)

Los artículos de Eduardo eran valiosos y revelan una cultura sorprendente, mayor que la de otros valores de nuestra literatura.

En tal aspecto, la obra del escritor no es conocida ni reconocida por quienes un día fueron sus lectores en diarios y revistas. Su prosa, de claridad meridiana, ahora se conoce mejor con la Belleza de pensar, de la Editorial Universitaria, donde el poeta trabaja desde hace varios años, pero sólo en la tarde. Nunca lo ha hecho en la mañana: al parecer desentendía al mediodía.

Hubo un tiempo en que visité semanalmente a Eduardo Anguita en la Editorial Universitaria. No estaba en su etapa más creadora, es bien verdad. Recuerdo que una tarde le pregunté:

«¿Qué has escrito ahora último? Sobre la mesa había una carpeta repleta de papeles y me lo pasó».

«Esto he escrito».

La abrí y no dejó de parecerme extraño que sólo hubiera hojas en blanco...

En la universidad hacía la presentación de los libros, o sea lo que se escribe en la cuarta tapa. Y siempre los recibí muy acertadamente. Además, por su cultura y buen gusto, era de gran importancia su consejo para decidir la publicación de obras completas o de poesía nueva.

A veces, en esas conversaciones de una vez a la semana, me parecía como que se podía salir de sí mismo, que sus problemas, imaginados o no, le daban abstracción y así le endosaban.

En 1970 sale su Poesía Nueva, el libro más apretadamente organizado que he leído. Había poemas anteriores a Venus en el pudridero, tan notable como Unica raíz de la patria y la muerte de N.S.J.C. A través de esos versos uno advierte que Cristo no muere para que viva una humanidad difusa e impersonal, sino para uno de nosotros, con nombre y apellido. La señora Hortensia, el chico Molina en la vida eterna y esa vida eterna al alcance de la mano de cada uno. O para decirlo de manera más acorde con el poema, de cada mí.

Roque Esteban Scuray, en «El Tarapacá», el 28 de octubre de 1971, recuerda algunos aspectos de la vida y obra de Anguita. Lo primero es que los poemas iniciales de Poesía Nueva son de 1913, «de la época en que la Academia Literaria de la ANEC (Asociación de Estudiantes Católicos), leían Andrés Bello, Manuel Antillano y Eduardo Anguita, por citar algunos nombres de avanzada, de luz, de rebeldía. Anguita leía también prosa, greguería, que era ejercicio de originalidad...».

«Inclusivamente, se cita una buena para leer, como para demostrar que en lo físico, por lo alto, leía, mientras que en la palabra se hacía un mundo nuevo. Si provocaba algún escándalo era porque había que romper lo establecido y hacer más jóvenes a los jóvenes».

EL PREMIO MARIA LUISA BOMBAL Y EL PREMIO NACIONAL

En 1979, la Universidad publicó la segunda edición de Venus en el pudridero. Pero que diferencia en la presentación en la calidad de los materiales. La primera tenía en la tapa un canto baquino y unas líneas rojas. Esta, la hermosa imagen de una excitante muchacha. De esta manera se le dio, gráficamente, con formato grande y fijos de Elsa De Vries, la importancia que el poema requiere.

Dos años más tarde, en 1981, un jurado reunido en Villa del Mar otorgó, por primera vez, el Premio María Luisa Bombal por la labor de toda una vida literaria. El monto de premio era considerable.

El favorecido fue Eduardo Anguita Cofre.

En esa ocasión hubo varias declaraciones de Anguita: «Es el reconocimiento de mi larga y buena labor, principalmente en el género de la poesía. La originalidad de mi poesía se apoya en un subconsciente muy rico» (El Mercurio).

En 1988 se publica su libro La belleza de pensar, donde se halla la mejor prosa de Anguita. Nos lleva por caminos novedosos y bastante olvidados, como el de la vida de Santos. Ese mismo año 1988 obtuvo el Premio Nacional de Literatura. Dijo que la recompensa para él era sólo una solución económica. Agregó que merecía el Premio Nobel, pero que nunca se lo darían por falta de empuje de su parte. Después se incluyó en su departamento. Hasta que cayó sobre una estufa el miércoles 12 de agosto recién pasado.

**Eduardo Anguita, el gran poeta desconocido [artículo]
Carlos Ruiz Tagle.**

AUTORÍA

Ruiz-Tagle Vial, Carlos S.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Eduardo Anguita, el gran poeta desconocido [artículo] Carlos Ruiz Tagle.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa